

SERIE  
VARIA  
INVENCIÓN

Mónica García Abraham

# El lado oculto del espejo

 **UNLA**  
Universidad Latina de América



# **El lado oculto del espejo**

Mónica García Abraham





# **El lado oculto del espejo**

Mónica García Abraham



UNIVERSIDAD  
LATINA  
DE AMÉRICA

SERIE VARIA INVENCIÓN

UNIVERSIDAD LATINA DE AMÉRICA

Rafael Genel Manzo (†)

Carlos Torres Manzo (†)

Octavio Peña Torres

Emilio Solórzano Solís  
CONSEJEROS UNIVERSITARIOS

Jesús Vivanco Rodríguez  
RECTOR

Gloria Zaragoza Ramírez  
VICERRECTORA ACADÉMICA

Emmanuel Meza Magaña  
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Jocelyn Calderón Guzmán  
VICERRECTORA DE DESARROLLO Y PROMOCIÓN

Aurora Molina Pineda  
JEFA DE DIFUSIÓN CULTURAL Y PUBLICACIONES

Mariana de los Santos Bautista  
COORDINADORA DE PUBLICACIONES

### **El lado oculto del espejo**

Autora: Mónica García Abraham

Derechos Reservados © Mónica García Abraham

Universidad Latina de América, A.C.

Manantial de Cointzio No.355 Colonia Los Manantiales de Morelia C.P. 58188.  
Morelia, Michoacán, México.

Derechos Reservados © Universidad Latina de América

Primera edición, 2024

ISBN electrónico: 978-607-703-028-7

Coordinación editorial: Mariana de los Santos Bautista

Diseño: Claudia García Caballero

Ilustración: Paulina Delgado García

Asistencia editorial: Andrea Berenice Sandoval Calderas y Nahomi Mendoza

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, –incluido el diseño de interiores y de portada– sea cual fuera el medio electrónico o mecánico, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los titulares, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

HECHO EN MÉXICO

## ÍNDICE

Presentación .....	09
Puerto de Astilleros .....	15
Revelaciones matriarcales .....	21
Pesadilla para Ashell .....	27
Glaistig .....	31
Luz de Ocaso .....	37
Alicia entre dos espejos .....	47



## PRESENTACIÓN

Imagina un lugar donde las emociones cobran vida, donde las pasiones danzan en el aire y donde el deseo se convierte en una fuerza poderosa que mueve los hilos del destino. Este libro, *El lado oculto del espejo*, te invita a explorar ese mundo, donde lo extraordinario se funde con lo cotidiano para revelar los secretos más profundos del alma humana.

Dentro de sus páginas, se atesora una colección de cuentos y una *nouvelle* que te embarcan en una odisea enriquecedora y transformadora. Cada historia es una invitación a mirar más allá de lo superficial, a explorar esa faceta apenas vislumbrada y frecuentemente velada de nuestro ser, donde los sentimientos se manifiestan en formas inesperadas y los anhelos se tornan en existencia palpable.

Esta obra de la Mtra. Mónica García Abraham se distingue por su riqueza de voces y perspectivas, mismas que nos van guiando a través de un mosaico de mundos y vivencias, evidenciando que, pese a nuestras divergencias, las emociones humanas son un lenguaje universal e impercedero.

Desde la nostalgia que entreteje hilos de magia en el pasado, hasta la euforia que enciende el presente con sus destellos, estas historias nos desnudan y conectan con algunas de las emociones más recónditas de nuestro ser. Las diversas pasiones femeninas que por mucho tiempo pudieron considerarse tabú sobre el amor, la hermandad, el hogar y la vida están presentes desde una exploración de fantasía, misterio e intriga que inmersa al lector a su propio mundo. Así, cada narración actúa como un espejo que refleja no solo aquello que anhelamos ver y compartir, sino también eso que tratamos de ocultar detrás de nuestras propias máscaras.

*El lado oculto del espejo* es mucho más que un libro de cuentos; es un tributo a la complejidad y profundidad de la experiencia humana, un recordatorio de que en la penumbra siempre brilla una luz y, en el caos, siempre es posible descubrir belleza. Este libro nos insta a contemplarnos en el espejo y a confrontar lo invisible, con la convicción de que es mediante la aceptación de nuestro ser completo que hallamos nuestra esencia más auténtica.

Al final, trascender las dimensiones de nuestras emociones y deseos no significa extinguir nuestro sentir o nuestra capacidad de apasionarnos. Por el contrario, implica enaltecer estas vivencias, in-

tegrándolas de tal manera que se conviertan en catalizadores hacia una comprensión más profunda de nosotros mismos y de nuestro entorno. Nuestras pasiones, emociones y deseos pueden ser guías sabios que, al aprender a escucharlos y superar sus lecciones más inmediatas, nos encaminan hacia la realización de nuestro potencial más alto. Nos recuerdan que, aunque imperfectos y en constante evolución, poseemos la capacidad para alcanzar una grandeza inefable. La trascendencia personal, entonces, no es un destino final, sino una travesía incesante de autodescubrimiento, autoaceptación y renovación constante.

*El lado oculto del espejo* es, en este sentido, una hermosa invitación al descubrimiento y la imaginación. Es también un reflejo del amor que reside en su autora y de la magia inherente que le emerge al momento de narrar. Sumergirte en este encantador libro, te permitirá vivir momentos que resonarán en tu corazón mucho después de haber vuelto la última página.

*“Al Bienestar por la Cultura”*

**Mtro. Jesús Vivanco Rodríguez**

Rector de la Universidad Latina de América

Abril, 2024

A Hanna, mi hija amada, por ser mi motorcito de vida; por su amor incondicional; por echarme porras y motivarme en todos mis proyectos; por estar y por existir.

A mis amigas Paty (Pato) Lecona; Naye y Pao; Jéssica Castro; Betty Gaxiola e Irma Gallo, quienes han inspirado algunas de estas historias y me han apoyado en distintos momentos en mi labor literaria.





## AGRADECIMIENTOS

Al Señor Tarántula, Miguel Ángel García, por su tiempo para leer mi trabajo, hacer correcciones y comentarlo conmigo.

Al equipo de Difusión Cultural y Publicaciones: Marianita de los Santos, Dulce Anabel Barrón, Andy Sandoval y Nahomi Mendoza, por pulir el trabajo, ayudarme a darle los últimos retoques y a realizar las gestiones pertinentes para su publicación. A Claudia Caballero por el diseño y a Paulina Delgado por las ilustraciones que acompañan a este libro.

A las vicerrectoras y vicerrector de las distintas áreas de la UNLA: Gloria Zaragoza, Jocelyn Calderón y Emmanuel Meza, por apoyar y avalar el proyecto.

Al rector de la UNLA, el Mtro. Jesús Vivanco, por dar luz verde para la publicación de este trabajo y por la presentación del mismo.

A Dios, arquitecto del universo que me mueve a crear también.



## PUERTO DE ASTILLEROS

*A veces el vacío me rompe los huesos.*

*A veces no canto  
porque el jilguero se muere con la  
turbia luna.*

*A veces soy un gemido  
apenas audible para las hadas rojas.*

*A veces suelo casi no estar.*

*Y a veces (pinches veces)  
las alas de cartón dan al traste  
con mi imagen de fantasma errante.*

**A**na no tiene rostro... Camina por instinto entre los restos del puerto. El viento le enmaraña las greñas largas y desteñidas y levanta los jirones de tela que intentan cubrir su piel pálida y avejentada.

Fuera de Ana, nadie más vive ahí. Las calles están llenas de basura y arena. La humedad y el salitre se comen los muros de las construcciones, y entre el bramido de las olas y el vendaval se distingue apenas el repicar de una campana... La única campana de la única iglesia en aquella devastación... Las corrientes de aire le hacen repicar tristeza. Ya nadie acudirá a misa, pues Ana de tanto rezar se ha vuelto atea.

En otro tiempo Ana tuvo un rostro... El rostro más bello de aquel puerto...

Ana de los Astilleros se llamó por capricho del padre, pues tres astilleros sostenían a las familias del puerto. Ana fue última y séptima luego de seis varones... Llegó al mundo blanca como la arena de la playa y de ojos negros y profundos como la amargura.

Ana creció casi igual que cualquier niña del puerto: por las tardes se reunía con su pandilla y se iba a los astilleros, a ver los barcos extranjeros que llegaban para ser reparados y aquellos nuevos buques en construcción.

Ana brincaba entre las piezas recién labradas y se escondía en los cascos oxidados de antiguos navíos.

Ana se envolvía de nostalgia al atardecer y esperaba en el embarcadero al hombre de los cuentos... Ese varón hermoso del que las madres hablaban a sus pequeñas, ese que se las llevaría un día, que cubriría sus cabellos de diamantes y les perfumaría el cuerpo con albahaca... Ana lo creía firmemente y le aguardaba con devoción. Le aguardó muchas albas y muchos ocasos.

Las chicas de su edad crecieron y se casaron con muchachos del puerto que, como sus padres, trabajaban ahora en los astilleros.

—¡Pero, Ana!, ¡ya madura!, esa es solo una leyenda... —le decían sus amigas al verla cada día en el muelle. Ella no respondía y solo miraba allá, a la línea entre el mar y el cielo, pues de aquel lugar mágico tendría que emerger el navegante.

Hombres jóvenes y viejos, hombres de todos los tonos desfilaron por el umbral de su puerta. Ella estaba tan árida para los mortales comunes que ninguno pudo sembrar sentimientos en su corazón.

Fue en el día de la gran tormenta cuando él apareció. Ana se empeñó en salir a pesar del temporal... Era un navío que parecía una orquesta de rechinidos por el viento y el mar embravecidos. Atracó en los astilleros y fuera de Ana nadie más salió a recibirle. Los hombres del puerto se resguardaban en las tabernas o en sus hogares pues el mal tiempo les impedía realizar su labor.

El forastero ancló en el muelle y desde la proa divisó a la niña de rostro bendito. Él tenía los ojos grandes, del color del cielo turbulento. Su cuerpo había sido esculpido a cinceladas hoscas y la sonrisa no existía en sus labios bellos de nostalgia.

El mirar triste abrazaba muchos otros mirares... Mirares de tiempos remotos, mirares con sabor a sal, de sombras y desamor.

Se allegó a la muchacha como las olas a la arena de la playa y le besó la frente.

—¿Quién eres? —preguntó ella con un ligero temblor en la voz y él no le respondió.

Se dirigió a la taberna más próxima. A unos cuantos pasos Ana le seguía. Se internó de golpe y preguntó con firmeza:

—¿Quién es el padre de esta criatura?

—Yo soy —respondió el aludido levantándose de la barra. Los otros le miraron aturridos; un silencio de sepulcro se fue propagando por la taberna hasta desbordarse y extenderse por el puerto. Todos sabían lo que sucedía, pero nadie dijo nada.

Simón del mar, padre de Ana, caminó a la vera del forastero hasta el buque. Necesitaba una reparación, pero la marejada les impedía internarlo en el astillero. Otros hombres salieron de la taberna para ayudarlo. «¿Es que no hay más gente en el barco, aparte de este hombre?», pensó Simón. «No, por supuesto que no...», advirtió con miedo.

Arduamente trabajaron los hombres en el barco, mientras Ana, muda, se deshacía en temblores... El forastero le miraba, también sin pronunciar palabra. ¿Cuánto tiempo? Mucho; estuvieron así hasta que anocheció.

—Mañana podrá partir, por hoy nos es imposible continuar con el trabajo, señor... ¿Cuál es su nombre? —preguntó Simón, aunque el destino ya se sabía... El forastero soltó una carcajada triste, a manera de respuesta. Ana se llevó las manos al pecho y nuevamente le siguió. Tras ellos, los demás hombres...

Se refugiaron en *El Faro*, la taberna más próxima y el forastero pidió agua, «solo agua», dijo. Ana, a su lado, le miró, le miró y le miró hasta el amanecer, hasta que todos se fueron, hasta que su padre cayó ebrio de angustia.

El barco quedó listo justo a las doce del mediodía, pero aún continuaba la lluvia. Los hombres entregaron la embarcación a su dueño y uno a uno tomaron familia y pertenencias y se marcharon por la zona terrestre del puerto. Después comenzaron a salir los de los otros astilleros con sus familias y animales. Ana vio una larga procesión silenciosa que se iba perdiendo entre la lluvia persistente.

El forastero le había llevado al muelle, cerca de su embarcación ya lista para zarpar. Los hermanos de Ana con sus esposas e hijos, los padres y los perros, aguardaban a escasos metros de distancia.



—Ese rostro tuyo es parte de mí —dijo él, acariciándole la carita blanca —Te he visto y soy completo —prosiguió— y no me he de ir sin incorporarlo a mi ser.

—¡No solo mi rostro! —gritó Ana— ¡Llévate mi existencia...! Llévame a donde quieras, con quien tú quieras, pero siempre cerca de ti.

—Muchacha, ¿no entiendes?, tu rostro es el rostro de esta tierra... Llevo en mi ser muchas facciones, mucha sangre, muchas lágrimas, pero algo me falta... Parece que siempre algo me falta...

Entonces le arrancó el rostro como el viento arranca las hojas de los árboles en el otoño... Lo devoró y luego se marchó en su buque sin bandera.

Los familiares de Ana, enmudecidos, dieron media vuelta y caminaron lentamente, muy lentamente hasta desaparecer del puerto.

Ana quiso llorar, pero ya no pudo. Quiso gritar, gemir y le fue imposible; deseó con toda su alma olfatear la brisa marítima, pero ya nada de eso sucedió. Desde entonces comenzó su deterioro a la par del puerto de los astilleros... Desde entonces va y viene como una muerta viva y piensa, solo piensa en rehacer su rostro con arena, algas y caracolas.

Abril de 1996





## REVELACIONES MATRIARCALES

No habían transcurrido ni tres días de la muerte del abuelo Miguel, cuando la abuela suspiró para enseguida pronunciar un nombre: «Fernando Arteaga». Luego retomó la palabra al ver el rostro confundido de Mariela:

—Es que... ¿A que no sabes con quién soñé anoche?

—No, pues no sé —le respondió Mariela, extrañada.

—Con Fernando —dijo su abuela— y estaba igualito... Como la última vez que lo vi.

La abuela Lupe olía a sopa y tenía una mirada de melancolía permanente; sin embargo, en esos momentos parecía nuevamente una joven de dieciocho años, con un brillo que se desprendía como destellos de sol de sus pupilas marrones. María Guadalupe se llamaba y sin más, prosiguió con la narración de una historia que dejó a su joven nieta contrariada...

Corría el año de 1943 y Lupe trabajaba como taquimecanógrafa en las oficinas del Ferrocarril por el rumbo de Cuauhtémoc, en la ciudad de Querétaro. Por ese tiempo se había hecho novia de Fernando, un transportista de frutas y legumbres que llevaba esa mercancía a ciertos puntos de las Zonas Centro y Bajío de México. Los tenues rayos de un sol mortecino bañaban de color rosado las tardes que pasaban juntos, cuando él iba a recogerla a su trabajo en el camión de redilas. Estaban muy enamorados, a la abuela de Mariela le

gustaba mucho ese chico tan apuesto y además tenían planes para casarse pronto. Fernando ya le había comprado a Lupe el vestido de novia y una vajilla muy fina de porcelana china, que en aquel tiempo eran piezas muy cotizadas en el mercado; asimismo le había solicitado la mano de la muchacha al padre de esta, quien luego de un interrogatorio algo estresante para Fernando, finalmente había accedido a que Guadalupe se desposara con el joven.

Fue una de esas tardes veraniegas, cuando ya casi anochecía y las cigarras cantaban en el *Jardín de los Platitos* (nombrado así por estar construido con mosaicos de cerámica que daban la impresión de pequeñas piezas de platos rotos), que Fernando le preguntó a Guadalupe:

—Bueno... Vamos a ver... ¿Tú qué preferirías? ¿Verme con otra mujer...? ¿O prefieres verme aplastado en el camión?

Lupe al instante, le contestó furiosa:

—¡Baboso! ¡De verte con otra fulana a verte aplastado en tu camión, prefiero verte, pero *requete* bien aplastado!

Al poco tiempo de ese suceso, el padre de María Guadalupe tuvo que emigrar a Estados Unidos de manera temporal, para ir a trabajar como *bracero*<sup>1</sup>; mientras tanto Fernando seguía viendo a la muchacha. Pronto sería la boda; pero la abuela de Mariela no se imaginaba lo que su hermana y su madre tramaban.

Prisca, quien era la mayor de las hermanas, estaba enamorada del novio de Lupe; e Isabel, la madre de ambas, estaba de acuerdo en que como la costumbre lo dictaba, *chivo saltado*, *chivo quedado*, con quien debía casarse Fernando era con Prisca y no con María Guadalupe. Así que decidieron, en confabulación con los hermanos varones de Lupe, llevarse por la fuerza a la entonces joven abuela de Mariela y encerrarla con *Las Arrepentidas*, una especie de reformatorio para «muchachas malas» custodiado por monjas clarisas.

La madre de Lupe y Prisca en su compañía habían acudido previamente con las monjas y les narraron una historia de mala reputación de la joven para justificar el encierro. María Guadalupe lloró, pataleó, gritó; pero nadie se compadeció de ella.

Cuando Fernando fue a buscarla al día siguiente, la señora Isabel y Prisca le dijeron que Lupe se había fugado con otro hombre y si

---

<sup>1</sup> Los *braceros* eran mexicanos que emigraban temporalmente a los Estados Unidos, para empleos de trabajo rudo en fábricas y en el campo, bajo un convenio entre los presidentes de ambos países, entre 1930 y 1940.

él se quería casar, debía desposar a Prisca, pues a fin de cuentas ya tenían el vestido de novia. Fernando no daba crédito a lo que escuchaba y les dijo que no se tragaba lo que le habían contado de María Guadalupe.

Fernando le exigió a la familia que le revelaran el paradero de Lupe, mas entre Roberto y Lázaro, primo y hermano respectivamente de la muchacha, se encargaron de ponerle una golpiza al triste enamorado y de sacarlo a patadas de la casa. Una vez en la calle, le aventaron el vestido de novia hecho trizas y la vajilla en añicos. Todo eso le narraron a Lupe unas vecinas, algún tiempo después.

Fernando se fue y por unos dos años no regresó. Cuando el padre de Guadalupe volvió, reprobó y castigó el acto de la familia; pero ya nada se sabía de Fernando.

Un día en que Guadalupe volvía a pie desde la estación del ferrocarril, vio a un hombre recargado en la pared, quien la observaba fijamente. Al día siguiente el mismo hombre estaba ahí, afuera de la estación, esperando su salida. Esta vez no solo la observó; sino que la siguió hasta su casa. María Guadalupe entró corriendo y agitada le dijo a su mamá:

—Mamá, no vaya a abrir que ahí viene un señor siguiéndome.

Doña Isabel hizo caso omiso de la petición de Lupe y en cuanto escuchó que llamaban a la puerta fue a abrir:

—Señora, me llamo Miguel Madrigal —le dijo el forastero—. Y le quiero hacer una propuesta —continuó aquel hombre. La madre de Lupe dejó pasar al forastero y escuchó la petición.

El hombre era viudo, tenía dos niñas pequeñas y necesitaba una mujer que se hiciera cargo de él y de sus hijas; acababa de llegar de Estados Unidos, donde cada determinado tiempo se iba a trabajar como *bracero*. Miguel traía muchos dólares consigo y se los ofreció a Isabel a cambio de concederle la mano de Guadalupe (a quien apenas había visto pasar en dos ocasiones). Doña Chabela aceptó el trato y cerró la venta. La abuela de Mariela, resignada, tuvo que aceptar la orden de su padre también, pues Isabel se encargó de convencer a Don Antonio, padre de Lupe, de que el trato les convenía.

Miguel y Guadalupe se casaron al poco tiempo de eso, y mientras el abuelo de Mariela terminaba de construir la casa familiar en un terreno muy grande que había adquirido en una zona céntrica de Querétaro, ambos se quedaron a vivir una temporada con los padres y los hermanos de Lupe, en la casona de Cuauhtémoc.



Un buen día en que Lupe estaba cosiendo a máquina un encaje para el moisés de su primer hijo (Guadalupe estaba ya embarazada, esperando al padre de Mariela), unos fuertes golpes en la puerta resonaron por toda la casa. Rosa, la hermana menor de Lupe, que por ese entonces tendría unos ocho años, abrió la puerta.

—¡Buenos días! —dijo una voz varonil.

Guadalupe soltó el pedal de la máquina al reconocer al dueño de esas palabras. Inmediatamente le hizo señas de negación a Rosa quien volteó a ver a Lupe sorprendida. Fernando le preguntó:

—¿Se encuentra Lupe? —Rosa negó con la cabeza— Sí está, ¿verdad?

Rosa respondió nerviosa:

—No señor.

Fernando insistió:

—Yo sé que sí está y sé también que me está escuchando... De cualquier manera, dile que la amo y que siempre la voy a amar... Que la voy a amar toda mi jodida vida —luego de pronunciar estas palabras, Fernando se fue y Guadalupe soltó el llanto; ya no había marcha atrás.

Al mes de aquello, una amiga le entregó a Lupe un trozo de periódico: la noticia era sobre un joven de unos 22 años; decía, palabras más, palabras menos, que a Fernando Arteaga lo habían encontrado prensado entre los fierros retorcidos de su camión, luego de un accidente fatal en la carretera México-Querétaro.

Por mucho tiempo la abuela de Mariela lloró a Fernando a escondidas y por muchos más años ocultó esa parte de su historia a la familia que ella y Miguel habían engendrado.

Una vez que Lupe hubo terminado de narrar aquel episodio, remató:

—Mariela... Fernando es el único hombre al que he amado en mi vida.

Abril del 2000



## PESADILLA PARA ASHELL

### I

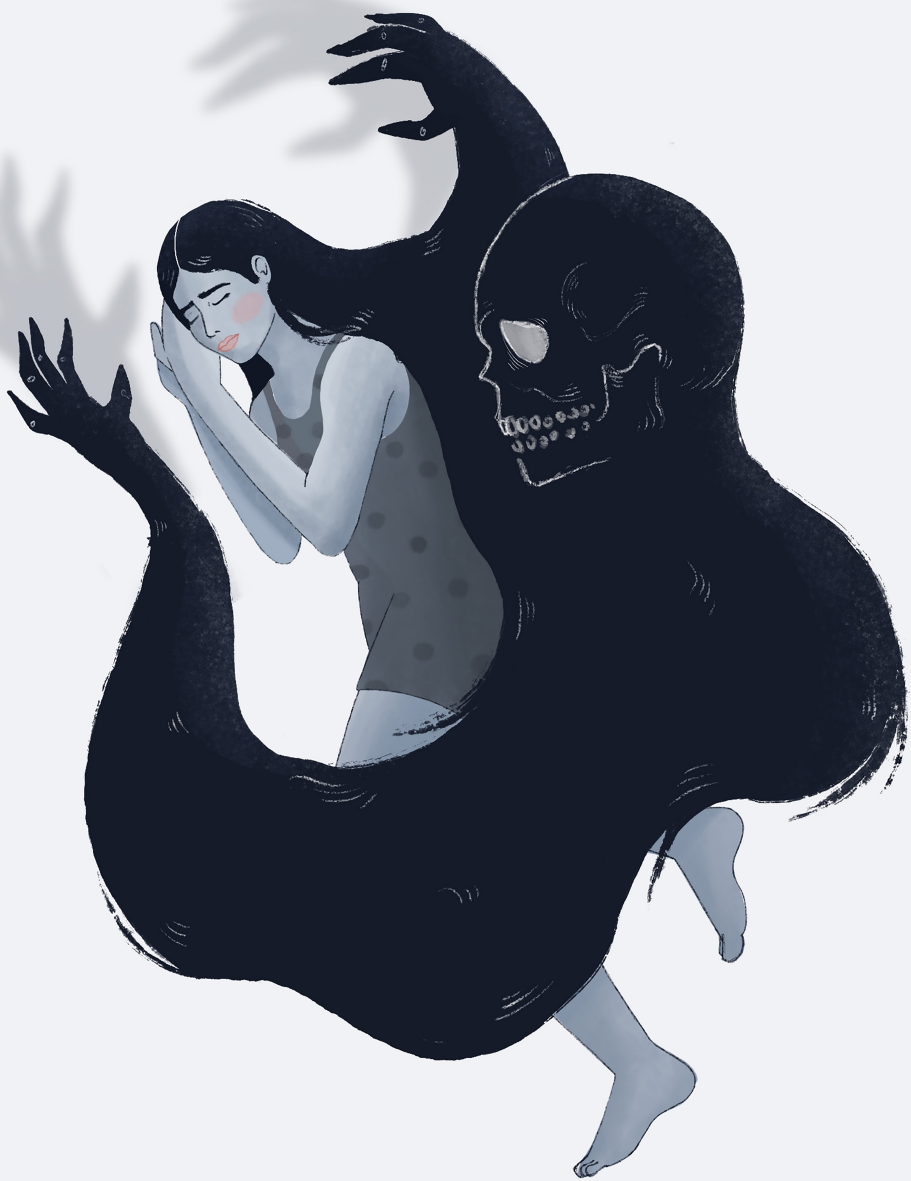
(P)esadilla de ratas, ojillos rojos que me miran desde la oscuridad, voz del fondo de una laguna muerta... Y sus pasos avanzando sobre la vereda azul, allegándose a mi árbol de espinas, sus pasos que avanzan sin dejar rastro; pesados, como eso que me oprime el pecho... Sonidos sordos que provienen del corazón de esta tierra sedienta... Y yo... Y nadie más que eso a mis espaldas, y mi espectacular huida de un sitio donde no hay ya espectadores... Es el sueño de la muerte, esa amante celosa y loca, loca furiosa. Muerte que me arrancas la mirada, mis ojos para no verte, mis ojos para no llorarte, para dejar el sentimiento apresado hasta explotar...).

### II

—¡Dios mío! Ha sido un sueño... —se dice Ashell.

La habitación está en penumbras, solo se escucha el *plinc, planc* de la lluvia allá afuera...

—Aquí el tiempo no pasa... Cuando Paco se marchó las cosas perdieron su significado. Ahora veo un armario, una cama de latón, los posters de Magritte pegados con tachuelas a los muros pelados y un montón de ropa sucia, revuelta con los restos de algún periódico viejo... Pero no me dicen nada. ¡Dios mío, que alguien hable! No sé cómo comenzó mas siempre supe en qué momento acabaría. ¡Me quiero morir! Creo que esto es lo único de lo que tengo conciencia...





De que algo duele y no puedo decirlo, se está pudriendo aquí adentro más no sé el porqué. No recuerdo nada... Es una tristeza muy antigua, una sensación y su partida... Solo eso cabe en mi memoria.

### III

Ashell... Como una burbuja comenzó a avanzar por la habitación. Ya no sentía sus pies, no había en ella energía locomotora más que su propio dolor. Al fondo del cuarto había una puerta de hierro. Extrañamente esta se abrió para dar paso a la criatura. Afuera la lluvia continuaba. Las callecitas del pueblo estaban encharcadas y solitarias en esa hora de la madrugada; Ashell se desplazó a lo largo de la avenida principal. Una jauría de perros se lanzó en pos de ella para luego retroceder chillando, al no reconocer rasgos humanos.

Más allá del pueblo, sobre una colina rocosa resaltaban ángeles labrados en cantera, vírgenes y cruces. La entrada al cementerio, delimitada por una barda de granito, le daba la bienvenida. Ashell se escurrió hasta una tumba abandonada, ahí no había flores ni lápida, nadie había ido en muchos años. La lluvia había cesado y una bruma densa comenzó a emerger de la tierra. Fue entonces cuando Ashell recordó. Esa tumba le pertenecía y Paco le había asestado una puñalada de tristeza mortal hace tiempo, muchos años atrás... Paco estaría muy lejos ahora, empapado en aguas ajenas, embriagado de otra savia. Una lápida se abrió para dar paso a los despojos de la muchacha gris...

### IV

(«¡No, Dios mío, no, por favor!» Ashell se despertó bañada en sudor frío, el cuarto estaba igual que siempre y José Francisco roncaba a su lado.

—¡Dios mío, fue otra pesadilla! ¿José Francisco...? ¡Paco, mi amor! ¿Estás dormido, gordito? ¡Uff! ¡Qué susto!).

Y Ashell volvió a despertar en el silencio de su sepulcro...

Marzo de 1994



## GLAISTIG

*Gracia tienen las mariposas negras*

*Gracia, como aleteo de quirópteros*

*Gracia, tu fría luz que me aturde*

*me inyecta la nada líquida*

*me clava en el madero.*

*Gracia...*

*¿Qué gracia tiene quedarse de pie entre los muertos?*

### **Versos para un vampiro, 1993**

I

**A** Gracia se le llenaban los ojos de tristeza cuando moría la tarde. Las hadas se preguntaban si era por la torpeza de la criatura, pues Gracia, como todos los de su especie, tenía que salir del manantial donde vivía y emprender el vuelo al tiempo del crepúsculo... Tal hazaña resultaba ridícula y desgraciada.

—Probablemente nosotras tenemos la culpa —anunció una pequeña *asrai* a la concurrencia feérica—. ¡Gracia bate sus horribles alas y todas rompemos en carcajadas!

La burla de las *asrai* salpicó los oídos de Gracia. Molesta por el atrevimiento de seres tan ínfimos se arrojó en su persecución lanzando dentelladas feroces aquí y allá, mas las hadas desaparecieron inmediatamente, dejando tras de sí un polvillo azul y un tenue olor a jacintos.

## II

En otro tiempo Gracia se sentía bella pero vacía y cuando por fin se le llenó la vida, duró tan poco el idilio que el aliento se le amargó. A partir de entonces las alas le pesaron, su naturaleza la aplastó y deseó con toda el alma acudir a donde el espíritu del abedul, *el de la mano blanca*, para que le tocara el corazón. Eso no había sucedido aún, pues dentro del universo de árboles nadie sabía con certeza en donde se encontraba la morada del viejo espíritu.

## III

Gracia era de una especie solitaria: ellos nunca andan en grupos o en manadas como otros habitantes del bosque. Suelen llevarse bien con los búhos pues se parecen un poco, aunque en realidad no tienen amigos ni pareja, salvo en el apareamiento, el cual resulta en una verdadera calamidad.

## IV

El viento acariciaba tímidamente el cabello negro del joven de chaqueta roja; aquel rostro adolescente de una serenidad infinita... A Gracia le había golpeado la existencia. Avanzó cauta pero impaciente y nerviosa, plegó lo más que pudo sus enormes alas para no amedrentarlo y siguió observándole desde un roble. Casi toda la atención del muchacho descansaba en una amena lectura, pero la insistencia de aquella mirada furtiva le hizo desviar los ojos del libro. Gracia ya había dejado su escondite y avanzaba lentamente hacia el chico.

—¡Dios Bendito! —exclamó el muchacho. No sabía si contemplaba algo divino o maldito y el primer impulso fue salir corriendo a donde fuera, pero lejos de aquello.

El miedo le había tensado tremendamente los músculos y la fascinación que le infundía aquel ser de una belleza inexplicable se mezclaba, al mismo tiempo, con un terror sofocante.

**V**

La *náyade* Osir le habló de ese estado letal: «El corazón galopará desbocado, el estómago será un pozo interminable, la sangre, hielo y ríos salados brotarán de tu piel. No escucharás tu voz porque tu boca se habrá secado... Los humanos le llaman amor; nosotras, las criaturas del agua, lo llamamos *Tánatos*».

**VI**

A su alrededor el ambiente se tornó fétido. El chico no soportó la podredumbre de aquel ser horrendamente bello y vomitó sobre el libro.

**VII**

—Tendrás que aparearte con un humano para perpetuar tu especie —le dijo la vieja Osir.

**VIII**

Finalmente pudo incorporarse, pero Gracia ya estaba sobre él. Ávida de satisfacer su deseo le fue despojando de sus ropas. Estaba enamorada en el sentido humano, tremendamente enamorada y se sentía morir en cada pedazo de piel que sus labios tocaban. El cuerpo aperlado del joven, quien aterrado no daba crédito a lo que estaba sucediendo, se fue volviendo transparente en un espasmo continuo...

**IX**

Gracia volaba pesadamente. No acudió a procurarse el alimento como otras noches, tampoco quería seguir pariendo *glaistigs* con alas negras, peludas y membranosas. Ahora rogaba a los cuatro vientos que la dejaran hallar al espíritu del abedul.

**X**

En sus travesías nocturnas había ayudado a mujeres y a ancianas en sus labores inconclusas del día y había reconfortado, con las alas ocultas y los labios plegados, a niños pequeños después de alguna pesadilla. Era la parte noble de su condición elemental; pero como todos los seres, tenía necesidades básicas...

## XI

*El de la mano blanca* estaba ahí, por fin un abedul, el más pequeño de todos. Pero el espíritu no tocó el corazón de Gracia, cosa que le hubiera provocado la muerte inmediata, como era su deseo.

## XII

El apareamiento se había producido. Gracia estaba exhausta y relajada después del encuentro con el humano. Ahora solo quería estar a su lado y vivir para él. Con ternura tomó entre sus manos la cabeza del muchacho y se incorporó horrorizada, al contemplar la fea mirada del chico. Soltó la testa, misma que salió rodando hasta estrellarse contra un encino. Del resto del cuerpo no quedaban más que unos miembros y huesos roídos. El torso no estaba por ningún lado. Gracia se lo había comido.

## XIII

—A las *glaietigs* les apesta la boca por la carne de sus amantes que se les pudre en las encías y entre los colmillos —dijo un hada en un corrillo— y también por la sangre que ingieren de los animalillos del bosque... Sin duda son las criaturas más repugnantes del agua —concluyó.

Al oír esto, Gracia, quien escuchaba a las hadas desde una roca gigante, soltó el llanto, tan amargo como su vida misma y tan lastimero como su lúgubre imagen de vampiro del agua.

## XIV

El espíritu del abedul, *el de la mano blanca*, no tocó el corazón de Gracia (que lo tenía podrido), le tocó la cabeza y la joven *glaietig* se volvió loca.

Otoño del 2000

## Referencia

Phillpotts, Beatrice. (2000). *El Mundo de las Hadas*. Barcelona: Editorial Montena.







## LUZ DE OCASO

*Azul fuiste*

*azul pardo de mi noche oscura.*

*Todas las lágrimas que lloró el cielo*

*el corazón calado del invierno frío*

*fuiste la flor más sola en el desierto del olvido*

*fuiste en mi alma la ausencia y el delirio.*

**In Blue, 1995**

### **Prólogo**

**M**e sería imposible decir qué edad tengo pues al parecer siempre he estado aquí. He visto muchas cosas y conocido a tantas criaturas que podría llenar cuartos enteros con el eco de sus nombres, pero de todas ellas solo dos han quedado en mí como un estigma. Quizás después de conocer su historia comprendan mi ulular y ello les recuerde la condición de lo eterno...

## I

*Dentro de la fantasía somos reales y eso lo sabes mejor que cualquier cenxontle que se nos hubiese adelantado en narrar esta historia*

Descendió a pasito lento por el acantilado; husmeaba en las rocas de aquí o removía las de más allá, buscando los vestigios de algo. La noche anterior, el muchacho no pudo conciliar el sueño; la luna derramó sus rayos como nunca y algo le molestaba. Mas ahora solo quedaba una sensación de vacío en su vientre; afuera ninguna huella, nada material que le indicara la presencia de *aquello* sin nombre.

Quizás por eso no sentía el frío de la brisa marítima, que le humedecía el rostro en esas primeras horas de la mañana. Gabriel, sentado sobre un peñasco, seguía metido en sus cavilaciones. Se veía demacrado por las ojeras que ensombrecían su mirada azabache; la piel pálida que asomaba del pijama parecía pegada a sus huesos, como si no hubiese dormido ni probado bocado en muchos días. Rodeó sus piernas con sus brazos y permaneció mucho tiempo así, como encogido; ya había olvidado que hace varios días había dejado en algún lugar (al que llamaba hogar) a sus padres y a su hermana Alicia, esperándolo para el desayuno.

## II

*De tus ojos resbala una tristeza muda, acallada por el silbar del viento y la rabia de un tiempo que parece estático*

Anoche me sucedió algo extraño. Siempre me había colado por rendijas y agujeros, por cristales y también por entre el follaje de los árboles y arbustos. Había visto animales y a los seres humanos, pero nunca a uno como él. Estaba dormido y poco a poco me fui deslizando por sus cejas pobladas, por sus pestañas y su naricilla recta. Me colgué de unos labios de seda que embellecían su boca pequeña y así fui recorriendo todo su cuerpo. Creo que él se dio cuenta porque se movía. También escuché su nombre, se llama Gabriel. Una voz de mujer le preguntó si tenía dificultades para dormir, «Gabriel» dijo la voz, y él respondió con un: «No mamá, estoy bien». Toda la noche seguí jugando en su habitación, mientras el chico no reparaba en mí: un simple rayo de luna, prendado de sus ojos de noche.

### III

*Intentas alcanzar los rayos tenues que se filtran lastimando la penumbra*

Estaba a punto de entrar a su casa, pero algo lo jalaba en la dirección opuesta. Alicia había salido a su encuentro y ahora lo miraba perpleja, intentando descubrir un rastro de lucidez en la mirada ausente de su hermano.

—¿Qué tienes, Gabriel? —dijo pasándole varias veces la mano frente a los ojos.

Él no pronunció palabra y retrocedió para luego dar la media vuelta y echar a correr sin rumbo fijo.

### IV

*Te desgarras en un grito que me traspasa y emprendes una carrera loca perdiéndote en el laberinto de la nada*

¿Sabes? Ayer lo vi dormir recostado en la hierba del campo. Intenté aprisionarlo con mi luz y elevarlo al cielo, pero no lograba siquiera sostener los dedos de sus manos.

Me hubiera gustado llorar para sacar la frustración que llevaba por dentro, pero eso me era imposible debido a mi condición. Fue entonces que comencé a encogerme hasta quedar como un pequeño punto luminoso suspendido en el cielo.

Ahora estoy muy triste porque no consigo ya ni acariciarlo. Eso sí, lo veo a dondequiera que va. Parece un loco errante caminando descalzo y enfundado en su pijama a cuadros azules... Por cierto, él me dio un nombre, me llamó Andrea. ¡Sabe que existo! Pero continúa ignorando qué soy.

### V

*Te he visto levantar piedras y hurgar en el follaje de los árboles y en las mansiones viejas, pero yo no estoy ahí. También has llorado muchas veces bajo monumentos de bronce y en escalinatas cuarteadas...*

A veces sentía que las fuerzas le abandonaban, pero sus pies estaban como hechizados, pues cada día en cuanto despertaba volvía a reanudar la búsqueda.

Por las noches atisbaba el cielo cuando no había nubes. Pensaba que Andrea estaría tal vez allá arriba, pero ¿dónde? Eran tantas estrellas y Andrea la más pequeña de todas.

Ya eran muchos los bosques recorridos y también las llanuras y desiertos. Para esos días cualquier ser humano habría muerto, pero algo extraño mantenía a Gabriel con vida; sin embargo, tenía los pies deshechos y el esqueleto como queriéndose escapar del cuerpo.

Me conmovían las luciérnagas que se le acercaban mientras dormía, cual si velaran su sueño. Por su parte los sapos, desde que el muchacho comenzó a peregrinar, le habían ido dando forma a una leyenda que pasaba de región en región, según Gabriel avanzaba.

## VI

*Creo estar a punto de apagarme mientras tú te aferras a la tierra de la cual surgimos*

Recuerdo la noche en que llegó a ese subterráneo de ciudad. Para entonces sus pies habían desarrollado una especie de suela por tantos callos acumulados y del pijama solo quedaban jirones pegados al cuerpo; pero aún conservaba el brillo en sus pupilas negras.

Era un drenaje sin fin aparente y en la penumbra solo se distinguían los ojillos relumbrantes de los roedores y el olor acre y fétido de las aguas negras y el desperdicio.

Siguió su camino guiado por algún instinto y luego de un buen tramo pudo encontrar la salida: una coladera por la cual se veía una pequeña parte del cielo nocturno con una sola estrella, tan diminuta que apenas se notaba. En ese instante Gabriel comenzó a gritar:

—¡Andrea! —con las pocas fuerzas que le quedaban— ¡Andrea! —, continuó el grito como un eco y eso fue realmente, porque la gente que escuchó (alguna prostituta de barrio, un pepenador, cierto vagabundo que pasaba y un borracho) se encargaron de hacer una nueva leyenda. Así fue como el mundo entero supo de Andrea; pero del chico que evocó su nombre nadie escuchó nada por esos días, pues hubiesen tenido que traducir al lenguaje humano el canto de los sapos para conocer la historia completa.

## VII

*Ahora siento la desesperación que nos clava sus espinas de cardo*

Tengo miedo. Por fin me descubrió, pero ¿de qué sirve? Solo fue un instante y luego me volvió a perder. ¡El firmamento es tan inmenso! Yo no puedo apartar mi atención de Gabriel y esto es tan fuerte que ha provocado un nuevo cambio en mí. Presiento que en cualquier momento caeré a la Tierra y es por ello que temo, pero todo puede suceder. A lo mejor solo me transformo y sigo aquí suspendida.

## VIII

*Entre casas verdes y grises, casas de adobe y de tabique se filtra la humedad; la misma que ha penetrado en tus huesos y que ahora surca mis mejillas*

Lo vi andar por calles empedradas, por las de terracería y las adquinadas, calles de pueblo milenario, de ranchería, callejuelas desgastadas y callejones de ciudad virreinal. También lo seguí por las callecitas de nadie, ahí donde los muros tienen leyendas y frases que se pierden en el olvido; callecitas en los suburbios de la capital de aquí, de la de más allá. Gabriel caminando sobre la nieve, bajo la lluvia, bajo el sol, bajo un puente derruido, bajo la mirada de un lucero llamado Andrea.

## IX

*No sé si sienten lo que corre por mis venas, si perciben tantos sentimientos encontrados que bullen en mis entrañas*

Amigo ¿ves? ¿Te das cuenta de lo que soy? No sé si reír o llorar con este cambio. Cuando estaba allá arriba sabía perfectamente en donde se encontraba Gabriel, pero ahora me siento perdida. No tengo idea de en dónde me encuentro, pero quiero confiar en que vas a conducirme hasta él.

Aún no puedo caminar bien; necesito acostumbrarme a este cuerpo humano. Has de saber que hoy por la mañana me vi en el espejo de uno de esos lugares donde la gente compra cosas. Realmente pareczo uno de ellos, por eso no entiendo por qué las personas pasan y se me quedan viendo como si yo fuera algo malo. Unos niños se rieron y me arrojaron piedras. Ya no importa; solo quiero localizar a

Gabriel. Por cierto, grité su nombre a los humanos como él gritaba el mío. Parece que no les agradó, pues se apuntaban con un dedo en la sien y se mofaban... Ojalá y Gabriel me hubiera escuchado...

X

*Te reconozco: tú, el trotamundos, lo cierto de todas mis mentiras, el que no sabe si vive para que su nombre sea escuchado ahí, donde no hay nada*

¡Andrea, loca Andrea! Llevaba una túnica gris hasta los tobillos, pero iba descalza y antes de eso también desnuda. La túnica se la aventó una señora de algún pueblo escandalizada por su aspecto.

—¡Vístete, loca endemoniada! —le gritó y se alejó de ella pronunciando plegarias mezcladas con imprecaciones.

Creo que se volvió mujer de tanta obsesión y de la misma forma llegó hasta Gabriel. Realmente no la ayudé mucho, pues una fuerza mayor a mi entendimiento la empujaba hacia él. Sus ojos de un púrpura intenso que se posaban en un punto indefinido y su piel traslúcida la hacían verse como un bello espíritu de cabellera negra.

Y así fue buscando en cuevas y campanarios, en mansiones abandonadas y en rincones olvidados, caminó sudando sangre, descendió laderas, ascendió escaleras.

La última vez que hablé con ella me dijo:

—Muchas veces he pensado que soy eterna como tú, viento amigo, pero ahora ya no estoy tan segura. Creo que la eternidad consiste en no ser vulnerables, ¡y hoy me siento tan frágil!

No estuve de acuerdo con ella cuando hay seres que pasan desapercibidos, como si nunca hubiesen existido, mientras que otros se quedan en el recuerdo de este, de aquel o en la memoria de multitudes. Tal vez que en ello radica la eternidad, en el recuerdo que va saltando de uno a otro lado por generaciones; pero en esos momentos Andrea era como una margarita en vías de marchitarse y cualquier soplo mío podía desplomarla.



## XI

*El miedo que me invade nos aparta al tiempo de las campanadas del mediodía*

Los nubarrones grises cubrían todo pedazo de cielo y el pueblecito fantasma se había oscurecido desde antes del mediodía. Andrea caminaba aprisa, igual que cuando comenzó su búsqueda sobre la tierra, avanzando por una calle angosta de adoquín verde. De un lado y otro se veían fachadas de casas cubiertas de musgo y líquenes. Algunas ya no tenían puertas ni ventanas, solo unos huecos como indicio de que alguna vez las hubo. Muchas carecían de techo y las más afortunadas aún conservaban algunas vigas. Yo me divertía entrando y saliendo por todas ellas, recordando sus épocas de bonanza.

A lo lejos, en una glorieta, se distinguía una pequeña plaza rodeada por abedules muertos. Andrea se aproximó con el temor y la emoción mezclados. Al centro de la plaza había una escultura en cantera verde, representando a dos cisnes con los cuellos entrelazados y retorcidos. A ellos se abrazaba un chico delgadísimo y semidesnudo, pálido como los copos de nieve que comenzaban a caer cubriendo el sitio. Andrea lo atrajo hacia sí y sonrió tristemente. Él la miró satisfecho.

—Creo que la búsqueda termina aquí.

La voz de Gabriel era pausada. Ella no dijo nada; le besó el rostro seco, lo acunó en sus brazos cual si fuera un crío y sintió como lo abandonaba el alma. Las palabras de Andrea comenzaron a desbordarse lo mismo que un torrente...

—¡Espera! Tárdate un poco en partir que solo tú faltas por escuchar, ¡oye por favor tu nombre! Escúchalo de mis labios antes del último grito, hora y segundo. Antes de que me estalle el cuerpo te lo digo así, con el llanto que ya no me permiten ver tu rostro... ¡Gabriel!

Entonces hubo un estallido en el interior de Andrea, convirtiéndola en pequeños fragmentos de luz púrpura que bañaron el cuerpo inerte del muchacho.

Yo, viento, tuve una sensación muy extraña... Reuní la fuerza necesaria para cubrir con nieve el cuerpo de Gabriel y sepultar las chispas de lo que fue Andrea; luego me alejé de ahí...



## **Epílogo**

Narré la historia a un cenzontle que se encargó de divulgarlo a mil aves, entre ellas un periquillo verde que lo tradujo a los hombres...

Probablemente los hechos hayan sufrido alguna alteración o defecto al pasar por tantas voces, pero el fondo es el mismo: si alguna vez te topas con un pueblo fantasma sabrás que es el de este cuento porque brilla como ninguno, con la intensidad de aquellos que nacieron para ser eternos.

Octubre de 1992



# ALICIA ENTRE DOS ESPEJOS

*¿Cómo se puede tener miedo si se está a punto de despertar?  
Yo soy también solo un sueño. Mi existencia es ridícula e increíble.*

**Michael Ende**

**En homenaje a Lewis Carol, Michael Ende y André Gide**

## **Prólogo**

**E**s una zona, pero a veces parecen tres. Desde el mirador de *La Virgen* se distinguen la una de la otra: El cementerio, *Las Águilas* y el bosque de tierra roja: *Campo Alegre* ¡Qué ironía! Mis lágrimas se dispersan con el viento; pero el dolor empuja hasta el fondo de las costillas. Lo que más hiere es Mariana... ¿Y quién diablos es Mariana? Quizás un eco retumbando entre los vidrios de dos espejos, o es mi vida, o es mi amor, o es mi muerte... O todos a la vez...

## **I. Retorno a Santiago**

Una musiquilla burda sonaba en el estéreo del auto. Mis hermanas no llegaban y yo me desesperaba con el *tic-tac* que hacía mella del tiempo. El sol caía a plomo sobre el toldo azul marino del convertible mientras diminutas gotitas de sudor se empañaban en aparecer

una y otra vez sobre mi rostro descompuesto, aun ante la insistencia del pañuelo. Mi novio Erick se acercó al coche, tarareando la tonada simplona que yo escuchaba.

—¡Hola, Licha! ¿Qué te pasó? ¡Estás empapada! —dijo burlonamente.

—Sí, qué asco... Llevo horas esperando a Gabriela y a *la Marciana*. Quedamos en vernos aquí a la una de la tarde y si no se apuran nos va a anochecer en la carretera.

Erick sonrió, divertido por mi enojo.

—¿A *la Marciana*? No hagas berrinches Licha; ya sabes de qué va esto. Mejor llámale a tu papá y dile que van a llegar más tarde.

Así estábamos cuando apareció Gabriela y tras de esta, Mariana. La segunda no lucía bien; tenía el rostro pálido, las greñas enmarañadas y muy sucio el jumper del uniforme escolar.

—¿Por qué hasta ahora? Seguramente estabas revolcándote con Omar. ¡Qué asco me das! ¡Ya súbete al coche y luego hablamos! —le recriminó Alicia a Mariana—. Chao, Erick, te llamo en cuanto lleguemos a *Las Águilas*.

Gabriela tenía trece años y cursaba primero de secundaria; Mariana acababa de cumplir quince. En cuanto a mí, cumpliría veintidós el próximo mes y en un año más terminaría la carrera de Leyes en la universidad estatal. Las cosas habían cambiado mucho desde la muerte de mi madre, dos años atrás, y mi padre se había refugiado en la administración del rancho y en el cuidado de *Las Águilas*; una hacienda ubicada en la población de Santiago, a cuatro horas de la ciudad.

Le prometí a Erick llamarle por teléfono en cuanto llegásemos y así enfilamos rumbo a la casa paterna. Nuestras vacaciones de invierno durarían solo dos semanas y a la distancia, me da la impresión de que durante ese tiempo viví una vida que no me pertenecía.

Mariana era un fantasma en el interior del auto, mientras Gabriela chismorreaba sobre la vida de sus amigas. Entre las imágenes del espejo retrovisor y mi conciencia me preguntaba quiénes eran ellas, quién era mi madre, y quién la del cabello rojo que manejaba rauda en un camino tan sinuoso.

## II. Las Águilas

En el pueblo le llamaban *la Escocesa* por su aspecto, aunque su padre provenía de Irlanda. Ella era una mujer culta y callada; pero un poco desquiciada según las malas lenguas... Con el cabello rojo,

cayéndole rebelde hasta la cintura, el rostro pálido y los ojos de un verde mar. Su cuerpo élfico y las manos largas y delgadas inquietaban a los moradores de Santiago; tanto, que a su paso nacían todo tipo de historias fantásticas en cuanto a su pasado y al matrimonio precipitado con mi padre. Juzgaban una maldición el nacimiento de sus hijas con el cabello rojo también. «Esa es cosa del diablo» aseveraban las mujeres que ayudaban al párroco del pueblo en los oficios de la iglesia. *La Escocesa* era hija única de un inmigrante que se casó con una mexicana. El matrimonio se asentó en el casco de una vieja hacienda en las afueras del pueblo, rumbo a la entrada al bosque. Paulatinamente reconstruyeron y remodelaron ese lugar, con un gusto recargado y chocante, muy diferente a la arquitectura rural.

Cuando tuve edad para comprender todos los rumores que surgían en torno a mi madre, traté de ligarlos con mis propias emociones respecto a ella. Aún la recuerdo bellísima, corriendo por la ladera este del bosque, a un costado del precipicio en donde dos años atrás perdiera la vida.

Finalmente arribamos a Santiago en donde termina la carretera asfaltada. A partir de ahí tomamos un camino de terracería que conduce a *Las Águilas*. Ingresé en la vereda tocando el claxon, llamado al que acudió mi padre contento, casi dando brincos como un adolescente.

—¿Cómo están, *rojillas*? —dijo papá, saludando emocionado.

—¡No te atraveses, papá, que te atropello! —le sentenció, tratando de esquivarlo.

En cuanto detuve el coche, Mariana salió corriendo sin saludar a mi padre, en dirección al cementerio.

### III. Fantasma

El mármol frío como mi alma contrastaba con lo que había más allá. Después de esa casa con águilas de piedra se encuentra mi hogar... La vereda de tierra roja llegaba hasta el bosque; luego, una vez que comenzaban las coníferas tenías que andar a tientas o a donde el hado te llevara. Yo siempre terminaba en el mismo sitio: una especie de madriguera casi al borde de un precipicio.

No sé si soy... No sé si fui alguna vez. La otra del cabello rojo aún insiste en hablar de mí... Como sea, la casa no me gusta. Solo el bosque mágico, denso, oscuro, intrincado: como el rostro de Alicia repetido interminables veces en el espejo. En esos rostros también

estábamos Gabriela y yo. Don Gabriel Iturbide es feliz; pero yo no hablo. Se siente bien con sus hijas de regreso, no obstante que Alicia dice que estoy loca.

Tras la casa hay una vieja capilla. A veces me encuentro con Omar ahí, a la entrada del bosque o en el cementerio. Sé que ni él, ni yo, pertenecemos al mundo racional de Alicia y ambos buscamos la manera de regresar al lugar del que nos han sacado de manera violenta y sin un ápice de consideración...

Mariana... Me llamo Mariana y también tengo el cabello rojo; rojo tierra como la vereda que se pierde en lo ignoto del bosque.

#### IV. Mariana

«No sé si sueño o vivo; pero las veo al tiempo de las campanadas de la medianoche... Son mujeres, muchas... Avanzan de dos en dos desde el fondo de la capilla anexa a *Las Águilas*. Caminan. No: flotan. De su vestimenta negra no sobresalen los pies; tampoco tienen rostro. La bruma que parece emerger del suelo empañía su cántico de muertos. Fuera de la tapia, se van perdiendo en la inmensidad del bosque. ¿Y mis pies? ¿Y mi rostro? Solo queda la osamenta perenne fuera del fuego. El frío me recorre la espalda y de nada vale gritar cuando sabes que solo el eco devolverá tus palabras... No sé si vivo; no sé si entiendo».

—¡Mariana!

—¡*Shit!* ¡Cállate, Alicia, que no me dejas dormir! —dijo Gabriela en un susurro.

—¿No la ves? —insistió Alicia —¡Está temblando!

Con el rostro pegado al ventanal que daba directamente hacia la vereda de tierra roja que conduce al bosque, Mariana lívida y con los ojos abiertos parecía mirar la sombra que segundos antes creyó ver Alicia.

—Vio a Omar... ¡Omar está aquí!

—Alicia, ¿de qué hablas? ¡Ya duérmete! Estamos de vacaciones y no puedo descansar por tus cosas —reclamó Gabriela, fastidiada.

Diminutas gotas de sudor frío empapaban el rostro de Mariana y el camisón se le pegaba obsceno al cuerpo adolescente. Alicia la observó brevemente para luego echar un vistazo a la vereda que conducía al bosque. Claramente alcanzó a ver la silueta de un hombre esbelto que se escurría entre las coníferas.

—¡Estúpido Omar! ¡Y tú quítate de la ventana, puerca! ¿Qué te piensas que me tragué el cuento de que eres sonámbula? Pues ya sé que no... Te encanta exhibirte para excitar a ese imbécil.

—¡Alicia! ¿Qué te pasa? ¡Ya despertaste a medio mundo! A mí se me hace que la que se está volviendo loca eres tú.

—¡Cállate el hocico! —dijo Alicia al tiempo que le volteaba una bofetada a Gabriela.

Mariana volvió en sí ante la sacudida de su hermana, para luego correr a su cama y enroscarse como un cachorro de minino. Gabriela no hablaba. El susto la había paralizado y miraba atónita el rostro descompuesto de Alicia. El denso ambiente dificultaba la respiración de las tres y las tres parecían un solo animal quimérico.

«Ojalá la tierra roja del bosque absorba mi esencia... Ojalá me funda con Omar en ese lugar donde las cosas simplemente no son», pensaba Mariana tratando de contener el llanto en aquella noche de viento.

## V. La Capilla

Es una construcción que no guarda ninguna armonía arquitectónica: un pórtico sostenido por dos columnas dóricas y custodiado por un par de enormes águilas de piedra. Mis abuelos, dueños originales de *Las Águilas* no se caracterizaban precisamente por tener buen gusto. Las ventanas intentaban tener remaches góticos de hierro semejando lagartijas. Lo más extraño era la capilla ubicada en la parte trasera del terreno. Quedaba anexa a la mansión por una tapia corroída por el paso de muchas lluvias. En su interior las paredes se van estrechando hasta dar la sensación de encontrarte en un corredor que dimensiona más el tamaño de aquel claustro sin ventanas; solo santos mutilados y bancas rotas. Al fondo del corredor y a un costado del altar se distingue una pequeña puerta incrustada en la pared; cerrada y sin cerrojo, como si siempre hubiese estado en el mismo lugar. Me he dado la vuelta para revisar a donde conduce la puerta, pero del otro lado, el muro está sellado: la puerta es imposible y en donde debería situarse la salida, solo hay una barranca que da a un caudaloso río que parece gritar mi nombre: «Aliciaaa». Y por otro lado me intriga Mariana... Mariana siempre anda merodeando por este sitio... Mariana siempre es así.

## VI. La hora cero

El otro día vine con Omar y él ya sabe qué sentido tiene la puerta; por eso recoge huesos en el cementerio, por eso viene aquí en las noches de luna disfrazado de espectro. Hoy volveré al bosque de tierra roja como mi melena que se fundió con la vereda que conduce a *Campo Alegre*, como la sangre que me brotó cuando Alicia me encontró con Omar, como estas lágrimas que añoran lo que nunca han tenido... Ya es la hora cero y vienen los duendes para llevarme al bosque. Cuando regrese a la mansión me toparé con los gritos de Alicia; pero no me importa. Ya nada de eso importa... Me llamo Mariana y el eco me devuelve mi nombre.

## VII. Alicia entre dos espejos

Ya me había conformado con unas vacaciones llanas en *Las Águilas* pero el tinte que las cosas iban adquiriendo me inquietaba un poco... En el entrepiso de la mansión hay un corredor bordeado por dos espejos: uno frente al otro. Jamás se me ocurrió reparar en las imágenes por temor a lo que vería. Ese día la curiosidad pudo más que el miedo y entonces mis ojos se clavaron en los rostros repetidos hasta el infinito... El vértigo subía de mi estómago a mi garganta y viceversa, como si cayera en ese abismo de una realidad repetida, como cuando sueñas que sueñas.

Un escalofrío me movió las vértebras... Eran ellas y yo: cada rostro mío modificado. Los sucesos de antaño martillando mi mente y la culpa que me corroía... ¡No hice nada, en verdad yo no hice nada! ¡Esa vida ya olía a podrido!

Éramos mi madre, mis hermanas y yo en cada una de las estúpidas imágenes que se repetían en los espejos...

## VIII. Gabriela

La mañana se adivinaba helada tras el cristal de la ventana. Gabriela empañó el vidrio con su vaho, para concluir en que lo mejor para ese día era permanecer bien abrigada en el interior de la casa, por lo que regresó a la cama. La Navidad había transcurrido sin incidentes salvo el llanto de su padre en memoria de *la Escocesa*. Fuera de eso, todo igual; todo sumergido en el tedio de un pueblo suspendido en el tiempo.

Mariana despertó y de un salto se dirigió al closet para sacar una ropa gruesa de invierno. En menos de cinco minutos ya estaba vestida para escapar al bosque.



—¿Estás loca? ¡No, claro! Si la locura no se hurta: se hereda... —dijo Alicia de mal humor, como casi siempre y mirando con desaprobarción a Mariana.

El incidente incomodó a Gabriela, a quien siempre le habían disgustado los comentarios soeces de Alicia

—¿Lo dices por mi mamá? Déjala en paz, ya está muerta... —replicó Gabriela.

—Tú no te metas que contigo no estoy hablando —dijo mirando a su hermana menor, para luego retornar a Mariana—. Hace un tiempo horroroso y el suelo de *jaboncillo* no permite caminar por ahí con tanta humedad... Las piedras de *Campo Alegre* se ponen muy resbalosas... ¡Ni creas que vas a salir, *marcianita*! Si algo te sucede mi papá me va a hacer responsable y francamente, ya estoy harta de ser tu niñera.

—Voy a desayunar —dijo Mariana y salió con paso firme de la habitación.

Gabriela continuaba en su cama, extrañada por la reacción de su hermana, mientras Alicia comenzaba a vestirse.

—¿Qué haces, Licha? —preguntó Gabriela sepultada bajo las cobijas.

—Esta desgraciada se va a largar al bosque. La voy a detener y a despertar a mi papá para que no la deje salir. Hay mucho hielo y humedad, además casi no se ve nada por la neblina.

—¿De qué hablas? Tú no estás bien... Si te vas a salir, entonces voy contigo...

—¡No! ¡Tú no! —contestó Alicia aterrada.

Una vez lista, miró por el ventanal hacia la vereda roja que conducía al bosque. Mariana corría ya con el cabello revuelto como llamarada, con los pasos como si no tocara el piso...

—¡Pinche Mariana...!

Alicia salió corriendo de la habitación y Gabriela se incorporó pronta a ponerse un pants y una chamarra encima del pijama.

El silencio recorría el sendero. Mariana se desvió del camino a *Campo Alegre* y se dirigió a la capilla, a orillas de la barranca.

Penetró en el recinto de plegarias sin destino y llegó hasta la puertecita incrustada. Ahí estaba Omar esperándola con ojos centelleantes. Al frente de la puerta sobresalía un altar elaborado con huesos de muerto. El muchacho abrió los labios para recitar una extraña declaración:



—Somos seres de un mundo irreal, criaturas que no tocan la tierra y sin embargo la habitan... Somos la esencia de las gardenias, ahora encerrados en esta huesa entristecida. Somos los que estuvimos en otro tiempo, milenios antes de que estos cuerpos que hoy nos pesan deambularan sobre la faz de la Tierra. Y hoy somos lo inverosímil del mundo, absurdos para los seres humanos que nos miran reír, aullar, gritar... Aferrados al peñasco de lo posible a sabiendas de que somos imposibles para este mundo tan real... ¿Vienes? —dijo Omar extendiéndole la mano a la del cabello rojo. Mariana accedió. La puerta ahora estaba abierta: un aullido triunfal emergió de la oscuridad.

Alicia corría con todo lo que le daban sus piernas, no obstante que de cuando en cuando resbalaba con la piedra de jaboncillo y daba con su existencia en la hierba.

—¿Qué no vamos a *Campo Alegre*, Licha? —preguntó una voz adolescente a sus espaldas.

—¡Por Dios! ¿Qué haces aquí, Gabriela? Te dije que no vinieras... Yo voy para la capilla porque seguro que ahí encuentro a *la Marciana*.

—Estás loca, ni creas que te voy a dejar sola.

—Prefiero que te regreses, o en vez de una, tendré que preocuparme por las dos.

—No, yo ya no me regreso, tú estás mal, Alicia —al decir esto, Gabriela emprendió la carrera rumbo a la capilla también.

—¡Pues como quieras...! —Alicia continuó al paso que llevaba, en pos de Mariana.

Unos metros antes de alcanzar la capilla, al borde del barranco, el terreno es traicionero. Gabriela en su carrera desesperada resbaló al pisar una porción de tierra pelada y jabonosa y en breves segundos ya estaba colgando, detenida únicamente de unas raíces que emergían de entre la tierra. Abajo, el río poco caudaloso para esas fechas, pero con un montón de piedras mortales parecía cantar su nombre.

—¡Licha! ¡Liiiiichaaa! ¡Ayúdame, por favor!

Alicia se acercó lentamente al borde del barranco y desde ahí contempló el rostro desesperado de su hermana.

—¡Licha! —Gabriela derramaba tremendas lágrimas para ese momento.

—Te dije que no vinieras... ¿Ves? Ya solo voy a quedar yo y ni una más en los espejos.

—¡Licha, ayúdame! —El terror y la súplica se mezclaban en sus ojos.

—¡Adiós, hermanita! —dijo Alicia mientras le desprendía lentamente las manos de las raíces a las que Gabriela se aferraba...

### **IX. La Escocesa**

La mujer del cabello rojo se había escabullido de *Las Águilas* sin saber porqué. Podía más el deseo que el amor de su marido y de las hijas. Lo conoció a los 15 años: un joven de costumbres extrañas al que temían los habitantes de Santiago. Su padre se lo había prohibido y hubo que apresurar el casamiento con un hombre de buena familia, trabajador y discreto; el mejor que pudieron encontrarle. Nunca olvidó al otro muchacho...

No sabía que unos ojillos inquisidores la seguían... Y la siguieron hasta aquel claro del bosque en donde tuvo su encuentro carnal con el hombre al que siempre había amado.

—Puerca... Traicionaste a mi padre con un fantasma —pensó Alicia desde su escondite; mientras observaba a la pareja retozando.

### **X. La madre**

Eras sonrisa antes del atardecer y nadie te vio cuando saliste de *Las Águilas* para correr por el desfiladero al encuentro prohibido... Nadie, fuera de la muchacha de mirada turbia, la otra del cabello rojo.

Tarde... Siempre fue tarde para un ser tan libre y apasionado. Los rayos del sol lo sabían y se filtraban por entre las ramas de las coníferas, dibujando ríos cobrizos en tu melena alborotada.

Pareces un cervatillo ingenuo y alguien te acecha... Resbalas accidentalmente, pero consigues asirte de algunos pinos que nacieron no hace mucho y que han quedado como pequeños arbustos al borde de la barranca.

Los ojillos turbios del juez te miran inclementes. Ya ha dictado su sentencia. Se acerca lentamente al borde, de donde con dificultad has logrado sostenerte. En su rostro oscuro se esboza una despectiva sonrisa.

—Licha, hijita, ¡ayúdame!

—¿Por qué me hiciste esto, mamá?

—¿Qué te hice? ¡Dime! ¡Lichita, por favor! ¡Ya no puedo sostenerme!

—Eso hubieras pensado antes de hacer el ridículo y avergonzarnos ante la gente del pueblo cuando yo era pequeña y te subiste al

quiosco a bailar como loca... Antes de revolcarte con ese hombre en *Campo Alegre*.

—¡Alicia! ¡Alicia, te lo suplico! ¡Ese hombre con el que me viste...!  
—*la Escocesa* no pudo pronunciar las últimas palabras.

—«Te lo suplico...» ¡Adiós, mamita! —dijo Alicia, terminante.

Las fuerzas te han abandonado y el dolor es más grande. Tu caída rápida y lo último que miras es el rostro inexpresivo de Alicia.

## XI. Mariana y Omar

Don Andrew Blake era un hombre cabal, educado a la antigua; pero preocupado por el bienestar de su esposa, su hacienda y en especial de su única hija: Mariana. Él llegó a México a mediados del siglo XX. Un joven emprendedor con el deseo ferviente de formar una familia y hacer crecer el escaso capital, con el que arribó al «cuerno de la abundancia» como le llamaban en aquel tiempo al país que ahora lo acogía. Al poco tiempo conoció a una chica mexicana, de nombre Margarita, con quien se casó en el pueblo de Santiago de donde era originaria la muchacha.

Durante toda una década, hasta bien entrados los años 60, intentaron engendrar un hijo y cuando ya estaban a punto de darse por vencidos, gracias a la ayuda de la ciencia, nació la pequeña Mariana a quien pusieron el nombre en honor a la Virgen María quien «les hizo el milagro».

La hacienda *Las Águilas* surtía de leche, huevo, carne y queso a todas las regiones cercanas al pueblo. Don Andrew Blake se dedicó de lleno a la ganadería también y fue muy exitoso en todo lo que emprendía; sin embargo, nunca quiso salir de Santiago y extender sus negocios hacia otras latitudes. Así, Mariana creció llena de cuidados y atenciones; pero su espíritu era por naturaleza indómito y se sentía atrapada en la hacienda.

Cuando Mariana llegó a la edad de quince años, sus padres le organizaron una fiesta, a la que fue convocada la gente más importante del pueblo y sus alrededores. Por esos días acababa de llegar al pueblo una caravana de gitanos. Habían montado un espectáculo circense e iban de pueblo en pueblo, tratando de ganarse la vida con sus números artísticos. En la caravana iba un joven de nombre Omar, de unos diecisiete años; de bellos ojos negro azabache, enmarcados en unas pestañas y cejas negras y tupidas. Tenía un rostro fino; pero varonil, el cuerpo esculpido a cincelazos y el cabello oscuro azulado, atado en una coleta con una cinta que dejaba escapar

algunos mechones sobre su frente y sienes. No había hombre más bello en la región. Nunca otro igual arribó a ese lugar. Y Mariana... Mariana era una criatura élfica a los ojos de cualquier morador, con su figura esbelta y pálida, sus ojos verde mar, enormes y expresivos, sus rasgos delicados como las féminas de las pinturas renacentistas. Pero lo más llamativo de Mariana era la cabellera rojo fuego que caía como cascada hasta su cintura.

El día de la fiesta aquel joven gitano, curioso como gato, hacía una excursión al pueblo que quedaba a las faldas de la montaña boscosa. La caravana se había asentado en *Campo Alegre*, justo en un claro del bosque de coníferas. Había ensillado su caballo pardo y descendió sobre él a trote. Le pareció extraño no encontrar a ningún transeúnte cuando aún no habían dado ni las seis de la tarde. Finalmente se encontró con un hombre viejo, quien llevaba a su rebaño de cabras de regreso al corral.

—Dígame, señor ¿En dónde está toda la gente del pueblo? ¿Se han ido a la cama tan temprano?

—Buenas tardes, muchacho —dijo el anciano y prosiguió— algunos ya se han recogido y todos los demás deben encontrarse ahora en la hacienda del irlandés, en *Las Águilas*, como a unos cien metros del cementerio, joven.

—Muy bien. Iré a echar un ojo por allá. Estoy un poco aburrido —dijo Omar haciendo una mueca.

—Si tiene invitación, claro... No todos fuimos invitados al festejo... Los capataces de Don Andrew Blake son duros —sentenció el viejo.

—Muchas gracias por la recomendación y que tenga buenas tardes —se despidió el muchacho.

El caballo se detuvo cerca del cementerio. Omar bajó silencioso y lo ató a un mezquite. El resto del camino anduvo a pie, hasta que llegó a la hacienda. Dos enormes águilas de piedra guardaban la entrada al camino principal que conducía a la mansión del irlandés. La música se mezclaba con los barullos de los invitados. Omar decidió colarse por otro lado y cuando menos acordó, ya estaba dentro de la hacienda. La servidumbre iba de un lado al otro y corrían a raudales los litros de tequila y mezcal; mientras desfilaban las charolas de carne de cerdo, de res y de borrego.

Sobre la pista de baile, varias parejas se afanaban en el ritmo del conjunto musical. El irlandés había adoptado a lo largo de los años las costumbres de la región, y disfrutaba ahora de ese tipo de feste-

jos. Entre las parejas destacaba una bella figura: Mariana parecía deslizarse sobre la pista de la mano de Gabriel Iturbide, un joven estudiante de Administración en la universidad estatal e hijo de una familia bien avenida del pueblo. Omar clavó de inmediato su mirada sobre la muchacha y le pareció una visión sobrenatural.

«Una criatura tan bella no puede ser posible en este universo» pensó el muchacho e intentó acercarse un poco más, cuidando de no llamar mucho la atención entre los invitados. Sin embargo, ya había logrado captar la mirada de las amigas de Mariana; un grupo de muchachas bullangueras, que en cuanto Mariana regresó a su lugar para refrescarse y descansar un poco, la abordaron entusiasmadas.

—Mariana, Mariana, ¡dinos quién es! ¿Quién es ese hermoso galán? —le reclamaba una chica de cabello rubio y rizado.

—¡Sí, dinos! ¡Es muy guapo! ¿Es hijo de algún amigo de tu padre? —preguntó otra, mientras las demás soltaban risitas emocionadas.

—¿Gabriel Iturbide? ¡Pues si ya lo conocen! —dijo Mariana un poco molesta

—No, Gabriel no. El otro, el moreno de la coletita —aclaró la rubia

—¿Quién? ¡No sé de qué me hablan! —respondió Mariana desconcertada.

—¡De él! —dijo una de ellas señalando al escondite del chico.

Mariana se quedó boquiabierta al descubrir el bello rostro del muchacho que intentaba ocultarse tras un poste.

—Es... Creo que lo conozco —mintió— iré a hablar con él...

—¿No nos presentarás? —preguntó una de ellas.

—No. Espérenme aquí —respondió contundente.

Mariana se dirigió cautelosa al escondite de Omar, para finalmente descubrirlo de cuerpo entero. Él estaba pegado al piso de los nervios. Mariana nunca había visto a un hombre tan apuesto.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Me llamo Omar, ¿y tú?

—Mariana...

—Mariana, ¿gustas concederme esta pieza?

Mariana tomó su mano como hechizada y juntos se dirigieron a la pista de baile. Todos los ahí presentes quedaron hipnotizados ante el encanto de la pareja que bailaba como si flotara.

Gabriel Iturbide se sentía un poco ofendido; sin embargo, no le hizo frente a su contrincante y permaneció ahí, de pie y mirando a la pareja, con el corazón contrahecho.

Don Andrew Blake miró al hombre que había decidido sería su yerno y se acercó a él con paso firme:

—¿Qué te sucede, Gabriel? Creí que bailabas con Mariana...

—Pues ya lo ve; no es así —reclamó seco el muchacho e hizo un ademán hacia la pista. Andrew Blake se sorprendió al descubrir a Mariana en brazos de Omar.

—¿Quién es ese? ¿De qué familia es? ¿Quién invitó a ese individuo a mi fiesta? —el rostro de Andrew Blake se había transformado de preocupado en colérico.

—No, no lo sé, señor —respondió Gabriel un tanto nervioso.

Cuando se recobró del asombro, la pieza de baile había terminado y los músicos habían marcado un descanso. Omar y Mariana se habían perdido entre las otras parejas que se dispersaban por la hacienda.

—Ya no los veo... ¿Los ves, Gabriel?

—No... No Señor —respondió el muchacho, inseguro.

—Muy bien, ayúdame a buscarlos —dicho esto, ambos se desplazaron en pos de la pareja.

A pocos metros de ahí, Omar subía al caballo a la muchacha. Pronto las lechuzas los vieron cabalgar rumbo al bosque. El cabello rojo de Mariana brillaba con la luna llena y el rostro de Omar resplandecía. Se habían hechizado el uno con el otro y así hechizados llegaron hasta un claro del bosque en donde se confesaron la fascinación que sentían. Temiendo que el padre de Mariana enviara a buscarla acordaron una nueva cita y bajaron por la ladera oeste de la montaña. Omar la acercó cauteloso a la hacienda y se despidieron en un beso que prometía ser eterno.

—Me vas a decir ahora mismo quien era el hombre con el que bailabas.

—No lo sé, padre, nunca lo había visto.

—Y espero nunca más lo vuelvas a ver. Recuerda que el próximo fin de semana tendremos una recepción privada, para anunciar tu compromiso con Gabriel.

—¡Padre, aún soy muy joven para comprometerme, tengo quince años!

—Pero no eres muy joven para deshonrarme ¿Verdad?

—Eso que dices es una calumnia. ¡No he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme!

—No me respondas, muchacha insolente —dijo Andrew Blake al tiempo que le soltaba una bofetada a su hija.



Mariana se marchó desconsolada y Don Andrew Blake se quedó ahí, mudo de dolor al haberle pegado por primera vez a su única y amada hija.

En los días subsiguientes Mariana se las arregló para escabullirse al bosque, con el riesgo de ser lastimada por los coyotes o algún otro animal, pero con la certeza de que se encontraría con el único ser que le importaba en la vida. En ese bosque se amaron, se entregaron el uno al otro, se juraron amor eterno y planearon juntos cómo escapar, dadas las circunstancias. El padre de Mariana jamás permitiría la unión entre ella y Omar; además la fiesta de compromiso ya se había celebrado y la fecha de la ceremonia estaba cerca. Don Andrew Blake había decidido acelerar la boda al ver la inquietud de su hija y esa mirada de adolescente enamorada que no correspondía a los ojos esperanzados de Gabriel.

Los gitanos no son apreciados en muchos lugares y Santiago no era la excepción, pues tenían fama de ladrones y roba chicos; solo les permitían permanecer ahí porque era de las pocas diversiones que la gente se podía permitir en aquellas latitudes.

Omar ya había sido visto en numerosas ocasiones merodeando por los alrededores del pueblo y las personas no estaban contentas. Comenzaban a tejer toda suerte de historias en torno a sus ojos negros que parecían hechizar con la mirada. «Ese muchacho tiene el poder del mal de ojo» decían; «Pacto con el diablo debe tener, ninguno hay aquí como él; nadie con esa belleza endemoniada». Y en verdad parecía sobrenatural cuando Omar bailaba con alguna otra gitana al compás del pandero, en las funciones que de cuando en cuando daba la tropa: sus ojos encantaban a quien lo viera, como las serpientes, como si hubiese emergido de las entrañas de la tierra.

Tanto era el miedo de los pobladores a aquello diferente y que no comprendían, que resultaba peligroso para el grupo de gitanos quienes habían decidido pasar una temporada asentados a las faldas de la montaña... En especial para el joven Omar.

La víspera de la fiesta del pueblo habían llegado invitados y parientes de los moradores, alcaldes de los municipios vecinos y se rumoraba la visita del señor gobernador. Santiago bullía de gente y parecía un buen momento para confundirse entre la multitud, pasar un buen día con Mariana y hacia la noche escapar con ella en su caballo pardo. Hacía ya tiempo que Omar no se dejaba ver. A propósito de las celebraciones, Omar decidió disfrazarse de caballero águila y pintar su rostro. Por su parte Mariana llevaba un atuendo

de traje típico regional y una máscara decorada con gardenias. En la hacienda dijo que iría a la casa de una de sus amigas en donde habían acordado en disfrazarse de «flores» para el concurso de la flor más bella de Santiago.

La pareja de enamorados parecía no distinguirse del resto de jóvenes disfrazados, quienes se divertían en el baile que se había organizado en la plaza principal del pueblo. Quizás se confiaron demasiado, pues no contaban con que una de las amigas de Mariana tenía la boca bastante floja y que la había descubierto mientras se cambiaba detrás de unos matorrales. No era la intención de Matilde regar pólvora ni mucho menos hacer fuego; pero en cuanto pudo distinguir a la pareja lo comentó con otra chica:

—Esa de la máscara de gardenias es Mariana y no cabe duda de que el chico del rostro pintado de caballero águila es el guapo gitano... Lo sé por sus facciones.

Alguien detrás de las chicas las escuchó. Curioso siguió a la pareja mientras bailaban y también cuando se apartaron de la multitud y corrieron rumbo al bosque... Alguien que trabajaba para el padre de Mariana.

—¡Hey! Jacinto y Miguel, ¡el gitano ese endemoniado se llevó a *la Escocesa*! ¡Vamos a seguirlos! —dijo el hombre a otros dos peones de la hacienda de *Las Águilas*.

La luna casi plena, daba de lleno sobre el rostro de Mariana. Semejaba una máscara nacarada, enmarcada por una cabellera de fuego. Ningún elfo, hada o duende habrían soñado jamás poseer el encanto de la pareja imposible que yacía sobre la tierra roja en aquel claro del bosque. Los ojos de Omar refulgían y los cuerpos de los jóvenes amantes parecían confundirse y fundirse en una criatura fantástica. No había nada por encima del cielo ni en las entrañas de la tierra que pudiera frenar la pasión del momento... Nada más bello en los confines del universo, ni nada que pudiese trascender a lo eterno como el amor que se profesaban entre respiro y respiro. Los amantes habían decidido huir esa misma noche y ser felices en algún lugar del planeta.

Mariana tomó sus ropas y comenzó a vestirse de nuevo a la par de Omar cuando escucharon las pisadas que se apresuraban a su lecho. Omar no tuvo tiempo de reaccionar y desatar al caballo, cuando ya varios hombres que se habían sumado a los tres primeros alcanzaban *Campo Alegre*.

Mariana corrió angustiada a los brazos de Omar mientras el muchacho, con la camisa desabotonada, había alcanzado a tomar una vara del suelo para defenderse. No supieron en qué momento la turba de hombres ya estaban sobre ellos, en qué momento los separaron mientras Mariana gritaba y suplicaba, en qué momento se fueron sobre el gitano a patadas y le tronaron las costillas... En qué momento un mazo contundente lo derribó sobre la poca hierba del claro...

Omar ya no se movía... Mariana estaba muda con la boca abierta y los ojos desencajados... Las últimas lágrimas estaban suspendidas. Entonces un aullido brutal, terriblemente doloroso, lastimero y profundo como un pozo emergió de su garganta... Nunca más volvió a ser la misma: Mariana, *La Escocesa*, se había vuelto loca.

A las dos semanas de aquel suceso, la deshonrada Mariana se casaba con el hombre que estaba dispuesto a aceptarla en esas condiciones y a tenerla, aunque nunca sería suya: Gabriel la amaba más allá de los rumores y la humillación. Mariana se casó de blanco; sin maquillaje en el rostro de mirada extraviada y con un embrión de casi un mes desarrollándose en su vientre y al que tiempo después le darían el nombre de Alicia.

## **XII. La puerta**

Alicia se dirigió con paso firme hacia la capilla, penetró en ella y llegó a donde la puerta incrustada. Enfrente se apreciaba un altar de huesos y una imagen pirograbada en la madera de la puerta: El grabado representaba a una pareja de espaldas, en donde la chica con el rostro vuelto hacia el espectador simulaba haber entrado al universo tras la puerta. El rostro de aquella muchacha era el rostro de Mariana... Era el rostro de su madre. Al ver aquello, Alicia se desmayó.

## **XIII. Revelación**

Alicia no supo cuánto tiempo estuvo así. Al despertar en una cama de hospital, doce horas después del suceso, Erick estaba a su lado.

—Erick... ¿Qué pasó?

—Entraste en shock, ¿recuerdas algo?

—Si... Mariana.

—¿Mariana? ¿Qué Mariana?

—¡Pues mi hermana! Entró a la puerta con Omar.



—¿De qué me hablas? Nena, si quieres descansa otro poco y tranquilízate.

—¿Por qué me dices eso?

—Tu hermana no es Mariana, sino Gabriela...

—Si, también Gabriela es mi hermana...

—Licha, Gaby está en este mismo hospital, tu papá está con ella: un poco delicada, pero afortunadamente ya fuera de peligro. Tú la rescataste. Le diste un tirón muy fuerte que le zafó el brazo y al jalarla hacia ti también se golpeó con una roca, por lo que se desmayó. Supongo que creíste que había muerto, pues estuvo a punto de caer al precipicio y de morir en la misma forma que tu mamá. Ten en cuenta que no es tu culpa, finalmente tú la salvaste...

—No, ¡No, Erick! En la puertita de la capilla están pirograbadas las imágenes de Mariana y Omar ¡Se fueron por la puerta! —dijo Alicia desesperada.

—Alicia, eso no es cierto; tu papá nos contó hace tiempo, que tu abuelo le había pedido un favor al ebanista: que a la chica de la pareja de jóvenes que simulaban entrar por la puerta le tallara el rostro de su única hija... El rostro de *La Escocesa*, tu madre.

## Epílogo

Luego de que Gabriela salió del hospital; luego de que Gabriel Iturbide le confesara a Alicia que él no era su verdadero padre sino Omar, que Omar no había muerto y que él sabía que Mariana y Omar se seguían viendo a escondidas, hasta que *la Escocesa* cayó al barranco y el gitano decidió poner fin a su vida de la misma manera. Luego de que Gabriel decidiera vender la hacienda para irse con sus hijas a vivir a la ciudad y olvidarse de todo; después de que Alicia revisara foto por foto y no encontrara rastro de su hermana Mariana, salvo el diario de su madre en uno de los cajones de la que fuera su alcoba; Alicia tomó una roca y con ella se dirigió al pasillo de los espejos. Estrelló la piedra contra ellos hasta que un sin fin de pedazos cayeron sobre el piso... Hasta que no pudo ver más su rostro asesino, su rostro confundido, su rostro desolado... Luego marchó al mirador de *La Virgen* para despedirse de ese lugar sangrante de ironía.

«Aquí el viento se come las lágrimas. Desde el mirador puedo contemplar tres regiones en una sola: el cementerio, *Las Águilas* y el bosque de tierra roja: rojo fuego como el cabello de Mariana».

Junio de 2020





*El lado oculto del espejo*, de Mónica García Abraham, editado por la Universidad Latina de América, se terminó de editar en abril de 2024. Se utilizaron en su composición tipos Georgia 16, 12, 10, 9, 8, 7,6 y Trebuchet MS 30, 15, 10.









UNIVERSIDAD  
LATINA  
DE AMÉRICA

*El lado oculto del espejo* es una colección de cuentos y una *nouvelle* en donde las diversas pasiones femeninas que por mucho tiempo pudieron considerarse tabú sobre el amor, la hermandad, el hogar y la vida están presentes desde una exploración de fantasía, misterio e intriga que inmersa al lector a su propio mundo. Cada historia que escribe Mónica García Abraham es una invitación a mirar más allá de lo superficial, a explorar esa faceta apenas vislumbrada y frecuentemente velada de nuestro ser, donde los sentimientos se manifiestan en formas inesperadas y los anhelos se tornan en existencia palpable.